

Griselda Gambaro, Ciudadana Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires: El triunfo de la postura frente a la impostura

Eduardo Rovner

Muchos artistas, entre otras personalidades, sostienen actitudes políticas e ideológicas que, frente a los halagos de quienes son criticados por esas ideas, se debilitan hasta convertirse, en numerosas ocasiones, en pensamientos contrarios a los que se ostentaban. Débiles ante los aplausos, suelen conceder sus tendencias hasta dejar al descubierto que esas posturas son, en realidad, imposturas. Cada vez que eso sucede no puedo dejar de recordar a Groucho Marx, cuando dijo: “Estos son mis principios. Si a usted no le gustan, tengo otros”.

Era esperable que no suceda eso mismo con Griselda Gambaro, magnífica autora de obras de teatro como: *Real envido*, *La malasangre*, *Decir sí*, *Antígona furiosa*, *Del sol naciente*, *Las paredes*, *El desatino*, *Los siameses*, *El campo*, *Penas sin importancia*, *Dar la vuelta*, *Información para extranjeros*, *Puesta en claro*, *Sucede lo que pasa*, *Es necesario entender un poco* y *Nada que ver*, entre muchas otras. Y novelas como *Ganarse la muerte*, *Dios no nos quiere contentos*, *Después del día de fiesta*, *Una felicidad con menos pena*, *El mar que nos trajo*, *Nada que ver con otra historia*, *Madrigal en ciudad*, *Lo impenetrable* y otras.

Su conducta permanente sin ambigüedades no nos permitía imaginar una reacción equívoca frente a este galardón pero, de todas maneras, la felicidad de verla y escucharla, como siempre, manteniendo su coherencia frente a los diferentes problemas que aquejan a la sociedad de la que, activamente, forma parte, nos reconcilia con la esperanza de que en el mundo todavía hay quienes luchan, sin desfallecer, por sus ideales. Estas personas son las que hacen que sigamos creyendo en la posibilidad de un mundo más libre, justo y solidario. Permítanme transcribir sus firmes y emotivas palabras, al recibir

tan alta distinción, en su discurso ante la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, el 4 de noviembre 2009.

Palabras de la autora y dramaturga Griselda Gambaro

Hace más de 40 años que resido en un suburbio de la zona sur, pero Buenos Aires sigue siendo mi ciudad, la ciudad de mi nacimiento, en la que viví parte de mi juventud, y donde mi trabajo recibió estímulo y campo propicio de difusión. Aún hoy es el lugar de mis citas y de mis proyectos. Así que me encuentro profundamente ligada a esta ciudad y agradezco el reconocimiento que me brinda su Legislatura al declararme Ciudadana Ilustre. No obstante, no puedo dejar de preguntarme sobre el significado del mismo. Un honor, por supuesto. Pero los honores piden consistencia, tanto de quien lo recibe como de quienes lo otorgan. Por ser esta una Legislatura elegida democráticamente, respeto a sus integrantes y les reconozco la autoridad que les dio el voto, aunque disiento muchas veces con sus programas e ideas. No es como Ciudadana Ilustre que quisiera agradecer este honor sino como Ciudadana común, atenta y preocupada por las soluciones que la ciudad necesita.

Todos sabemos que esta ciudad, tan hermosa en sus zonas privilegiadas, también es terrible en otras, aquellas donde la pobreza, el abandono y la marginación son implacablemente evidentes con sus niños en la calle, sus villas, sus habitantes sin techo, sus hospitales y escuelas con personal mal remunerado y en deficientes condiciones edilicias. La lista es muy larga con situaciones de parecida o idéntica gravedad. Todos padecemos la burocracia de sus oficinas públicas, la polución ambiental, visual y auditiva, la mendicidad y drogadicción de niños y adolescentes, los nefastos planes para la salud mental donde cada decisión del Ejecutivo es una piedra que entorpece o acosa el trabajo de sus profesionales. El pulso de esta ciudad late desparejo en barrios cuyas condiciones respectivas crean segmentaciones socialmente injustas y urbanísticamente desafortunadas.

Expongo en este ámbito — adecuado — mis preocupaciones como ciudadana común porque es el sentimiento — común — de la mayoría de sus habitantes, y porque de este ámbito y del ámbito del Poder Ejecutivo dependen las soluciones, sin que la inercia que provocan las muchas dificultades o la excusa de que provienen de gestiones anteriores, les impidan encontrarlas con la perentoriedad que exigen. Por supuesto que la ciudad no puede ser una isla en el territorio nacional, pero su autonomía le concede el presupuesto y la capacidad de decisión.

Entonces, para que este honor que me otorgan sea verdadero y no ceremonia halagadora, sólo espero como ciudadana común la política que esta ciudad reclama: leyes y decisiones de gobierno que no sean sólo multas, aumentos impositivos o soluciones fragmentarias muchas veces de dudosa prioridad, sino planes integrales con vistas al presente y al futuro de la ciudad magnífica y socialmente equitativa que Buenos Aires puede ser. Para que esta ciudad por fin nos enorgullezca como a mí me enorgullecerá realmente, entonces, este honor que hoy recibo con gusto, con agradecimiento, pero también con cierta reticencia.

Buenos Aires, Argentina

